



**José Manuel Orrego**

## **Don Manuel Rodríguez**

Los historiadores que escriben muchos siglos después los acontecimientos de una época, tienen delante de sí el velo del tiempo que les oculta el conocimiento de ellos; y la historia contemporánea, o cegada por el odio y la envidia, o corrompida por la adulación y por el valimiento, altera y disfraza los hechos. PLUTARCO. (Vida de Pericles.) La historia es el libro de memorias de la humanidad, siempre en marcha a través de esas selvas tenebrosas que se llaman acontecimientos, y de esos valles luminosos que se llaman pueblos. Cada generación escribe allí algunas hojas, cada una coloca sus recuerdos, sus impresiones, consagrando hermosos capítulos a los grandes heroísmos, párrafos de eterno anatema a los innobles vicios, a las ambiciones inicuas; y esas páginas escritas atraviesan las edades, indescifrables unas, despedazadas otras como las hojas arrancadas de un gran libro inédito. Todos esos fragmentos unidos, todas esas olas azules u oscurecidas encerradas en un centro común que podría llamarse la razón universal o [115] la conciencia de la humanidad, forman una especie de océano infinito que refleja en su superficie todo el firmamento del mundo moral con sus soles, con sus planetas, con sus esferas irregulares, con sus informes nebulosas y sus concavidades desiertas. La virtud y el crimen, la abnegación y el egoísmo, la superstición y la creencia, el saber y la ignorancia, el despotismo y la libertad, el asesino y su víctima, se contemplan en ese espejo severo con su verdadera faz y en sus más iguales proporciones; unos con su aureola y otros con su tiniebla. Y ¡cuántas veces un mismo cristal refleja el terror de la víctima y el remordimiento del asesino!

Chile tiene también su libro aunque pequeño. La porfiada lucha de sus indígenas con los feroces y sangrientos conquistadores, lucha de gigantes siempre empezada y jamás resuelta, y la de la emancipación del coloniaje español, serán dos páginas de inmortalidad y de gloria. Son dos rastros de patriotismo que iluminan muchos héroes, y algunos doblemente sagrados por su noble vida y su alevosa muerte. ¡Qué de hazañas no refiere la primera! ¡Qué de hechos heroicos la segunda!

Manuel Rodríguez es el más simpático si no el más meritorio entre todos esos hombres que circundan la época de nuestra independencia como de una brillante corona. Es quizá el único que por su abnegación, por su tipo extraño y por su clase de vida se presta a todas las creaciones de una poesía sublime y arrebatadora como la idea que representa. Rodríguez es cierto que era aventurero, pero un aventurero de genio que hubiera podido conquistar como los antiguos condottieri el anillo de un dux o el lauro de un tribuno. Nacido en 1786, en el año de 1810 Rodríguez tenía apenas 24 años; y aunque tan joven gozaba ya de las consideraciones a que era acreedor por su familia y que le correspondían por sus talentos ya conocidos y respetados entre los que le frecuentaban con intimidad. La abogacía era entonces la carrera favorita y la única que podía ofrecer halagüeñas perspectivas. Dedicose a ella y en 1809 obtuvo su título. Pero no eran las estrechas murallas de una corte de justicia recinto capaz de contener sus palabras, ni la adusta presencia de los golillas debían ser los únicos espectadores; el aire libre, y las oleadas entusiastas de todo un pueblo debían recibir más tarde esas palabras que como las vibraciones de un impulso subterráneo conmovieron las almas aletargadas y estremecieron al victorioso enemigo. Rodríguez había nacido para defender otras causas menos egoístas y para dedicarse enteramente al bien de su patria. Estalló la revolución; y a los primeros vagidos de esta en su frágil cuna, él fue uno de los más audaces entre los que vinieron a consolarla y fortalecerla. Desde entonces su estudiosa y solitaria vida se transformó en azarosa y combatida. Arrebatado por el torbellino revolucionario se siente decaído y vacilante; pero de nuevo se recobra para seguir con más vigor y osadía la peligrosa senda porque camina su patria, ya indicándole las rutas, ya salvándole los obstáculos. Manuel Rodríguez [116] era del temple fino de esas almas que padecen por los demás, que vienen a prepararles mejor destino y que sufren con resignación y sin cólera las persecuciones y la muerte si estas resultan en favor de aquellos.

Condiscípulo y amigo de don José Miguel Carrera y nutrido en esa atmósfera de libertad que en todas partes flotaba, era imposible que Rodríguez dejase de seguir a aquel que venía a desatar las vendas de la patria y cuyo prestigio debía impulsar con ventaja y tino el primer movimiento revolucionario. Rodríguez estaba en el secreto de su amigo; aprobaba las concepciones que una instrucción superior desarrollaba, y aunque se encontraba capaz, consentía en ser el satélite luminoso de un planeta más bello.

Sin embargo dícese que su primera prisión en 1812 fue a causa de una conspiración organizada contra Carrera y en la cual figuraba como conspirador el mismo que firmaba como secretario meses antes. ¡Quién sabe! Hay gente que ha tenido particular empeño en desfigurar los hechos y en presentar a ciertos hombres como cabecillas de un partido atrabiliario o como viles revoltosos. Los hombres de nuestra independencia fueron hombres y como tales cometieron muchos actos que reprueba el buen sentido; muchos desaciertos y cuasi traiciones que tal vez exigían poderosas circunstancias y que eran imposibles de evitar. Mas si las ambiciones vulgares, si las animosidades particulares alguna vez ajaron las afecciones del individuo, jamás lograron profanar la primera idea de emancipación y de regeneración próxima. La patria fue un santuario para todos; una querida inolvidable que vivía con la fe de sus juramentos, con el ardor de su cariño. Esto solo basta para perdonarles muchos extravíos y muchas sinrazones. Después que

los sucesos se han cumplido, cuando casi todos los personajes han desaparecido de la escena humana, los antiguos rencores han despertado más vivos y las olvidadas tradiciones han venido a ocupar de nuevo las memorias presentes. Estoy seguro que no ha sido tan rabioso y encarnizado el odio entre O'Higgins y Carrera como lo es entre sus herederos. Para los modernos o'higginistas Carrera y sus partidarios son traidores y menguados; para los modernos carreristas O'Higgins y sus partidarios son despóticos o infames; y cual más cual menos, todos insultan a esos hombres que merecen más veneración sin que añadan por eso más verdad a la historia; y lo que es peor, influenciados por los resentimientos personales transmitidos de padres a hijos, de tíos a sobrinos, de casta a casta. Una nube de errores o de crímenes oculta el horizonte del pasado; la justicia tropieza con una mentira donde creía hallar una verdad, y con ser exclusivos de una y otra parte, reúnen la luz y la tiniebla, todo lo miran a través de un dudoso crepúsculo y rebajan a los héroes oscureciendo el cuadro.

Rodríguez más que los otros amigos de Carrera, ha sido acriminado por los o'higginistas; y no ha faltado quien arrastrase su fama, sus heroicos esfuerzos por la libertad al inmundo pantano de la traición y de la venganza, enlodando a aquella y haciendo de estos los vergonzosos instrumentos de [117] una ambición mezquina. Los acontecimientos eran excepcionales; la época, difícil de vivir por sus transiciones súbitas e inesperadas, y los hombres que las sufrían con entereza veíanse a veces empujados por esa fuerza irresistible y misteriosa que ciega a la razón y que involuntariamente arrastra. Las revoluciones son las borrascas de la humanidad en cuyos espacios la electricidad sólo domina.

Su constitución nerviosa, su inteligencia osada como su palabra y al mismo tiempo algo de esa soberbia independencia de carácter que es siempre el signo de la grandeza de alma, hacían de Rodríguez un secuaz bien indisciplinable y un enemigo hartamente temible. Tenaz en su aborrecimiento lo era también en su abnegación sin abdicar por eso ni sus convicciones como hombre ni sus deberes como partidario. Rodríguez era como esos astros radiosos que no gravitan ante ningún sistema y cuya órbita inmensa circula en el espacio, iluminándolo siempre y a veces despedazándolo.

Corría el año de 1814. José Miguel Carrera burla a sus perseguidores, penetra en Santiago, lo conmueve; y con el prestigio de su nombre, de sus hermanos y de sus amigos, reúne bajo su bandera al militar y al paisano, depone al gobierno existente y se proclama jefe y dictador. Este golpe de estado pone en relieve la situación del país; introduce una política nueva y augura cosecha de triunfos para el porvenir. Carrera era el caudillo popular y el pensamiento revolucionario en su encarnación más bella.

Rodríguez así lo comprendía y ayudándolo en su empresa trataba de justificar el atentado cometido, ya exponiendo la situación del país, ya revelando las intenciones torcidas de los enemigos tenebrosos y disimulados. Sin embargo ninguna razón puede calificar de justo ese hecho odioso. Tiránico y despótico en su principio, no hizo más que acrecentar el peligro, introduciendo la discordia en los ánimos y preparando para más tarde una derrota funesta y una bien lamentable proscripción. Las buenas ideas deben tener buen nacimiento; y la violación de un deber o la prostitución de la fuerza las engendrarán siempre monstruosas. El error de Carrera y de Rodríguez fue esa falsa creencia; ellos querían libertar a su patria y empezaban esclavizándola; así es que aunque puros en sus intenciones se hacían criminales en la apariencia. Desde entonces Rodríguez y Carrera se hacen más inseparables; discuten juntos, combaten juntos y gobiernan juntos hasta la fatal jornada de Rancagua.

Entonces los antiguos dominadores, más rencorosos con la resistencia heroica que no esperaban de un pueblo antes medroso, impusieron de nuevo sus leyes, sus privilegios insolentes y agitaron como un insulto y como una amenaza su estandarte de leones, al

son de las trompetas y de los vivos entusiastas que traían la muerte o la infamia para los patriotas. Entonces comenzó para estos la penosa emigración, en la cual unos habían de perecer acosados por la miseria o por las enemistades crueles y otros reaparecer con más brillo. [118]

En esa situación de vida desastrosa, casi la mayor parte desconfiaba del porvenir; y tal vez lo que sus sueños de libertad les presagiaban, se disipaba ante los funestos choques de una realidad bien amarga. Algunos por el contrario, en esa situación fue cuando sintieron arraigarse con más intensidad sus convicciones y cuando hallaron en sí una fuerza más prodigiosa y una voluntad más enérgica. Hay hombres que se abaten a los peligros, que se vencen en los obstáculos, que flaquean en la desgracia; pero hay otros que se realzan, que acopian más fuerza cuanto más difícil es el triunfo y que se levantan más pujantes si caen a tierra. Donde aquellos se estrellan y retroceden, estos se enciman y adelantan.

En la emigración es donde Rodríguez comienza su verdadero rol y donde descubre su genio perspicaz y valiente. Enfermo, miserable y casi desnudo, conservaba su corazón entero para dedicarlo a su patria y para sacrificarlo si era preciso por su rehabilitación y por su libertad. La inacción le irritaba, y el abandono de su patria ya en poder del enemigo era para su alma generosa un remordimiento más vivo, una idea más funesta que su propia desgracia. Concibe entonces un proyecto, atrevido, temerario sin duda, por la multitud de peligros a que se exponía; más realizable y de inmensos resultados en favor de la causa independiente, si el que se abnegaba por ella sabía desprenderse de toda pasión egoísta y cobarde. Inmediatamente se presentó al general San Martín y lo impuso de su proyecto de volver a Chile para examinar el estado de los ánimos, dar esperanzas a los amigos, malquistar a los enemigos patentizando sus crueldades, en fin, para vigorizar la revolución inanimada y establecer relaciones que podían servir de grande ayuda en la nueva expedición que se organizaba. San Martín le oyó con sorpresa y aplaudió su osadía. Hubo algunos que dudaron de su arrojo al verle tan desmedrado y enfermizo de cuerpo, necesitándose una naturaleza robusta para atravesar las nieves que esas montañas gigantes eternamente conservan. Los que así pensaban no conocían a Rodríguez ni a la naturaleza humana; el cuerpo más frágil es dominado por una voluntad inflexible, y la materia subyugada por el espíritu que quiere manifestar una idea, se purifica y engrandece con él hasta el extremo de confundirse y olvidarse. Así le sucedió a Rodríguez. El escuálido patriota fuerte con su convicción, robusto con su esperanza, traspasó las montañas, atravesó los valles cruzados de enemigos, visitó a los amigos, penetró en las aldeas, en las haciendas, y llegó a Santiago dejando tras de sí en todas partes un murmullo presagiador de la cercana tempestad. Cartas, proclamas incendiarias, conversaciones alusivas, relaciones de familia, todo fue medio para ese hombre atrevido cuya vida era el peligro, cuyo placer era afrontarlo. Volvió a repasar las cordilleras para dar cuenta de su comisión y preparar otros ardides; y traspasolas de nuevo trayendo consigo nuevos recursos y miras más elevadas. La práctica de la observación le había dado esa astucia que penetra y adivina en los corazones más iletrados algo de grande [119] y de generoso bajo de una aparente tosquedad; y esa observación fina y la atracción que posee siempre el hombre de genio que con todos simpatiza, que a todos se reparte, le habían granjeado a pesar de su juventud numerosos y buenos amigos, ya entre los que residían en las ciudades, ya entre los campesinos independientes, que veían con horror las tiranías y vejaciones de un gobierno despótico y abominable.

Mientras esto sucedía, Marcó del Pont y sus seides ponían todo su conato en desprestigiar la causa de la independencia, intimidando a unos, persiguiendo a otros, espiando a todos y proclamando de voz en grito que la divinidad le protegía contra las

diabólicas arterías y las intenciones perversas de sus endemoniados enemigos. Explotaba el fanatismo religioso para atraerse al vulgo, y el fanatismo del miedo para aterrar al verdadero pueblo. La delación, el espionaje, la chismografía, la falsificación, la mentira, la injusticia, la atrocidad, y todas las demás infamias que forman séquito honroso a toda tiranía, ostentaban con descaro su insolencia en ese gobierno de imbéciles y sibaritas, cuya política tenía por base la expoliación y por cima la horca. Era, en fin, un modelo entre los gobiernos paternos tan acostumbrados después, donde todo es permitido y todo prohibido so pena de castigo o de vergüenza. Por supuesto que un gobierno organizado así nada ignoraba. Sabía que Rodríguez iba y venía, que habitaba en Santiago, que repartía proclamas, que se carteaba con los jefes emigrados y que fraguaba quizá golpes maestros aprovechando con talento y viveza los infinitos recursos que a su arbitrio dejaban la mala fe de los mandatarios y la farándula de los subalternos. Mas ni las amenazas ni el terror podían nada contra Rodríguez, y continuaba impertérrito su marcha de regeneración, salvando con sangre fría los obstáculos que se le oponían, y burlando con impensados ardidés y con sorprendentes disfraces la pusilanimidad de sus enemigos y el ojo vigilante de sus espías. Ora recataba su rostro con la capucha hipócrita de un fraile mendicante, ora lo descubría bajo el desgairado bonete del minero. Muchos le buscaban, tal vez le encontraban, y otras veces él mismo señalaba la ruta a los que le perseguían. Su nombre era ya un emblema, su vida un proverbio; y mucha gente le creía protegido por un pacto o por la buena voluntad de un brujo. Así es que por todas partes circulaban mil diversos rumores sobre su modo de vivir, que le daban ya por huésped de una maga en un bosquecillo encantado y misterioso, ya por amigo de un hechicero que tenía la virtud de transformar a los hombres y de hacerlos invisibles e invulnerables en presencia de sus enemigos. Rodríguez sabía aprovechar en favor todas estas invenciones populares, que a guisa de cuento, llevaban de pueblo en pueblo su nombre acompañado de un prestigio deslumbrante y temible. El misterio es un poderoso aliado en las ocasiones difíciles y trabajosas.

Un hecho solo entre los infinitos que se cuentan de Rodríguez, basta para poner en relieve su inteligencia alerta y perspicaz y la agudeza y prontitud [120] de su ingenio. Es el siguiente: «Otra vez (dicen los historiadores) (11) se hallaba muy tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya amistad había sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderlo. Los soldados estaban ya muy próximos y no había como escapar. No obstante Rodríguez permaneció impassible, miró a su alrededor y casualmente sus ojos se fijaron en el cepo; mueble como se sabe indispensable en casa de todo juez. En menos de un minuto se le ocurrió convertir aquel instrumento de tortura en tabla de salvamento. Exigió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera y aprisionara en él con todo rigor; y mientras ejecutaba la operación le aleccionó para que diera por causa de su prisión a los recién venidos, que no dejarían de interrogarle, una calaverada de joven. Sucedió punto por punto como lo había pensado. El oficial no dejó de indagar cual era el motivo que había merecido a aquel hombre tan severo tratamiento. El amor de la propia conservación dio ánimos al juez para repetir bien su lección, y como estaba calculada para interesar a gente del jaez de los soldados, todos declararon que debía dársele soltura. Así mientras que guiados por el dueño de casa se dirigían a un bosque vecino donde esperaban sorprender a Rodríguez, este favorecido por los mismos que debían capturarle, se ponía en salvo por el lado opuesto...»

Ciertos lados oscuros del cerebro del hombre se iluminan en circunstancias dadas y excepcionales con un pensamiento tan feliz y oportuno, que divulga algo de divino, algo

de revelado y de inmortal, como si fuera la manifestación externa de una inteligencia superior limitada en otra inferior.

Pero ya era tiempo de obrar en campo más vasto, y de ejecutar los atrevidos pensamientos que atormentaban su espíritu y que le traían preocupado y silencioso como un hombre poseído por una idea de realización casi imposible. El ave nocturna que atravesaba las tinieblas, que dormía en los bosques, iba a transformarse en cóndor osado, voraz como él; y abandonando su soledad misteriosa iba a batir sus negras y extendidas alas sobre la frente misma de sus enemigos. ¡Ay de los que se pongan al alcance de sus garras! ¡Ay de los que pretendan atacar su alzado nido!

Desde el primer instante de la revolución, Rodríguez había considerado la emancipación de Chile como un suceso fatal; y nunca en su decidida voluntad había penetrado esa especie de pudor mezquino que semeja mucho a la cobardía, ladeando a transacciones ridículas y casi siempre vergonzosas. Su amor por la libertad, su caluroso entusiasmo, su carácter voluntarioso y soberbio, y el odio irreconciliable que abrigaba por los tiranos de su patria; odio encarnizado más con la ferocidad y el sanguinario desdén del invasor, le habían granjeado la honrosa distinción de rebelde empecinado. Y era así; el esclavo prófugo y libre, ya rebelde, temerario y [121] pujante, comenzaba a tremolar bandera de guerra y a lanzar proyectiles incendiarios para una explosión cercana. El cielo empezaba a oscurecerse tempestuosamente para los tiranos, y la estrella de Chile, a lo lejos entre las sombras y en medio de un celaje de nieve, aparecía cercada de rayos luminosos que irradiaban la oscura sien de la montaña.

En vano Marcó derramaba espías y lanzaba sentencias de muerte contra Rodríguez; en vano proclamaba a son de trompa su cabeza a precio vil, tratando de despertar la codicia con la estipulación de una infamia. El perdón del delito más atroz era la otra red que tendía a los criminales; en la cual con harto pesar suyo no logró coger a nadie.

Rodríguez contaba con buenos amigos, era respetado y querido y por salvar la suya mil cabezas hubieran ido a colocarse en la picota. La rectitud, la justicia de una causa, la generosidad del corazón unida a la juventud y a la inteligencia, estrechan tanto los vínculos humanos, confunden de tal manera las simpatías diversas, que en vez de ser odiosas destruyen la maleza de los vanidosos rencores y ejercen su influjo sobre las almas que dominan con tal suavidad y dulzura, que ensalzan y purifican a todas sin desmedro de ninguna. Diríase que una corriente magnética repartida en cantidades iguales, fluye de un centro común, impulsa los resortes de la máquina moviéndolos simultáneamente y estableciendo un riguroso equilibrio entre unos y otros para sus distintas operaciones mecánicas.

Con dificultad puede encontrarse un mandatario más inepto y al mismo tiempo más imbécil que Marcó. Todas sus medidas despóticas y abusivas estaban calculadas para exasperar los ánimos y enajenarse las voluntades. Los que antes eran fríos partidarios de la causa independiente, abandonaban familia, posición social, fortuna, para defenderla desinteresada y ardorosamente, horrorizados con las vejaciones y con los suplicios inicuos que sufrían diariamente nuevas víctimas. La población de los campos, más selvática y menos muelle que la de las ciudades, no necesitaba lo que esta para levantarse contra sus opresores; y allí donde la conducta misma del gobierno obligaba a los hombres a declararse enemigos, la energía de Rodríguez, su desprendimiento, y el socorro de sus amigos reemplazaban con mucho la falta de recursos y producían un entusiasmo más verdadero y más sólido.

Mientras tanto el ejército restaurador que se organizaba en Mendoza, aguardaba solamente la oportunidad y que la vigilancia y fuerzas del enemigo estuviesen ocupadas en otra parte. Para trepar las cordilleras y salvar sus precipicios sabiendo que al otro lado un enemigo poderoso los aguardaba, era preciso amar demasiado a su patria y tener

aliento de héroes. Rodríguez en correspondencia continua con San Martín y los demás patriotas, estaba impuesto de sus preparativos de invasión y también de sus temores. Resuelto a aligerar aquellos y a minorar estos, organizó guerrillas que llamando por distintas partes la atención del enemigo, lo necesitaban [122] a diseminar sus fuerzas y por lados opuestos del camino que debía traer la expedición. Rodríguez acudía a todas partes; su actividad redoblada cuanto más el peligro era inminente y la ocasión más inesperada. El pensamiento y su realización eran instantáneos; ya caía sobre una ciudad y en un abrir y cerrar de ojos apresaba a sus mandatarios, arrebatava los alimentos del enemigo, y luego como un león saciado penetraba en sus serranías, para caer una hora después quizá sobre un destacamento realista. El imbécil Marcó creía que todas estas partidas podían ser la vanguardia del ejército expedicionario, y enviaba gente sobre gente para destruirla. Con sus infinitas peripecias logró Rodríguez fijar la atención del gobierno en muchas partes y alejar así sus fuerzas del rumbo verdadero. De esta manera quedó casi descubierta el norte, y pudo el ejército patriota atravesar las cordilleras por Aconcagua, sin gran detrimento ni pérdida de hombres. Cuando se descubrió la estratagema, era ya tarde. La victoria de Chacabuco es una de las hazañas más gloriosas de nuestra independencia, y sería ingrato e injusto quien negase a Rodríguez la misma corona que ciñe la frente de los que allí pelearon. Más de dos mil soldados españoles y de los más bravos, hallábanse lejos del campo de batalla atraídos por la energía de sus esfuerzos y por el valor de sus amigos. ¡Mezclados al grueso del ejército realista, quién sabe cual hubiera sido el desenlace! ¡Tal vez la historia no contaría entre sus fastos memorables al 12 de febrero de 1817! Después del triunfo San Martín encargaba a Rodríguez la persecución de los fugitivos y principalmente de Marcó en estos términos: «Según noticias que tengo, el prófugo Marcó ha tomado el camino de la costa; no lleva fuerzas. Derrame U. partidas por todos rumbos para que le aprehendan. Persígale hasta Concepción.»

La verdad es como el sol, luminosa y fecunda para todos. Sus rayos deben guiar la pluma del historiador, iluminando los hechos. Hay en esta época de la vida de Rodríguez un acto atrevido, algo incomprensible si se quiere, que realza su generosidad y su temeraria intrepidez. Ha sido referido por los señores Amunátegui como un acto de felonía y de crueldad que arroja una acusación horrible sobre su fama: pero tal como ellos lo narran, el hecho es falso enteramente, equivocado en las personas, erróneo en las suposiciones... En uno de sus saltos de tigre, el infatigable guerrillero cae sobre Melipilla, arresta en su casa al gobernador Yécora, sin exigir de él más que recursos, y permanece allí hasta las cinco de la tarde, en compañía de una multitud de patriotas amigos. Muchos de estos habían ido con sus familias a gozar de las fiestas de Pascua de Navidad. Rodríguez supo por alguno de ellos que en una hacienda vecina estaba de paseo un oficial de Talaveras llamado Tejeros, muy célebre ya y muy aborrecido por sus crueldades y su insolente descaro. Rodríguez mandó traerlo a su presencia, y en vez de un verdugo, el oficial temeroso, halló un amigo en su contrario. Mientras tanto, las tropas del gobierno se acercaban, y era necesario ponerse [123] en salvo. Rodríguez reúne su fuerza y huye llevándose a Tejeros y a su asistente. Por un camino torcido que atraviesa de Gualumo, orillando el Maipo, se proponía vadearlo por Lonquen, y luego internarse en las montañas. El comandante Padilla llega a Melipilla, inquiriere noticias de los rebeldes y toma el mismo desecho para darles pronto alcance. Rodríguez y Padilla se avistan cerca del vado. Pelear era riesgoso, resistir imposible. El asistente de Tejeros aprovecha un momento, y escapa a reunirse a sus amigos. Rodríguez, en situación tan apurada, dispersa a su gente, y acompañado de un tal López y de Tejeros, consigue pasar el río y salvarse. Penetró en sus montañosas guaridas, y el enemigo retrocedió burlado. Durísimas, novelescas casi, son las amargas que los prófugos sufrieron. Si

uno dormía, el otro tenía que velar al prisionero que aprovecharía cualquier medio en su favor. Además, ¡cómo acogerse en casa de sus amigos, llevando a un enemigo, que mañana, consiguiendo libertarse, podría convertirse en acusador y en verdugo! López, hombre bilioso y arisco, fatigado con el viaje y resuelto a quitarse de encima el obstáculo, propuso a Rodríguez un asesinato. Rodríguez lo rechazó. Al fin, después de dos días de hambre y de penurias, López, sin consulta previa y en un momento de distracción, asestó el cañón de su pistola sobre Tejeros y le atravesó la espalda de un balazo. Libres del centinela, los fugitivos pudieron ya guarecerse y buscar techo en casa de sus amigos. Rodríguez no aprobó jamás ese asesinato; su alma no era capaz de una alevosía, aunque esta fuese la ley de una imperiosa necesidad. López únicamente se hizo responsable del hecho. Este fue el que prisionero en el castillo de Valparaíso, después de la derrota de Chacabuco, sublevó a los detenidos, y el que comandó a los que salieron a batir a los españoles que llegaban. ¡Una bala enemiga le atravesó también; pero en medio del combate!

Dueños ya los patriotas de la capital y convocada la población para elegir un Director Supremo que rigiese los destinos de la resucitada patria, aclama a San Martín; y este, con un desprendimiento que le honra, rechaza por dos veces el encargo que es al fin aceptado por O'Higgins. Abnegado patriota y valeroso capitán, O'Higgins era un héroe en el combate. Sabía afrontar la muerte, sabía desafiarla atravesando diluvios de balas; pero le faltaba la inteligencia clara que organiza en la discordia; y era poco a propósito por su carácter dominante para olvidar rencores y para utilizar en común bien las facultades que a su encargo acompañaban. Además la extensión inmoderada de las facultades autoritarias, tuerce las buenas inclinaciones de los hombres, los desmoraliza interiormente y los arrastra insensiblemente y por tortuosas vías a la intolerancia y al crimen. Raro es el pueblo que no cuenta alguno de estos déspotas; y más raro es el hombre que ha descendido puro y acompañado de las bendiciones de sus conciudadanos desde esa extraordinaria y borrascosa cumbre, sin una sombra de remordimiento o de aflicción. En todas partes las dictaduras no han hecho [124] más que prostituir la dignidad humana, estragar a los pueblos y aniquilarlos. Todos los dictadores han sido verdaderos representantes de la brutalidad y de la infamia, desde Sylva el piojoso hasta Napoleón el menguado.

Sin embargo el Director Supremo tuvo un rasgo de generosidad para su antiguo enemigo, y parecía no acordarse, en la embriaguez de la gloria y del poder, de sus antiguas desafecciones. Rodríguez por su parte no abrigaba ninguna pasión baja y sabía aplaudir los triunfos de sus rivales sin envidia, sin rencor, y satisfecho con la idea de ver libre a su patria. El 27 de febrero un decreto del Supremo Director ensalzándolo por su patriotismo, le pide un detalle sobre esas atrevidas incursiones que tanto habían contribuido al éxito de la victoria, y una lista de sus compañeros de armas, todos dignos de premio. Casi nada duró esta buena armonía entre ambos rivales, y seis días después un acontecimiento inesperado vino a quebrantarla. Rodríguez era un opositor temible y su influencia una conspiración incesante contra un poder que amenazaba aniquilar toda personalidad, ahogar toda libertad que contraviniese a sus miras y entronizar como razones de Estado el insolente capricho de la fuerza y la descabellada voluntad de un hombre. Un mes después, cual fue la sorpresa de Rodríguez al recibir la carta siguiente: «Los servicios distinguidos de U. le vinculan la gratitud pública; pero razones políticas y el imperio de las circunstancias le alejan a países extranjeros. Hoy mismo debe U. salir para Nueva York, y U. como fiel servidor de la patria, prepárese a recibir los altos encargos que esta debe confiarle.»

Así se expresa O'Higgins, y al mismo tiempo que le insta para que acepte el encargo, se despide de él como buen amigo, prometiéndole velar por su familia. Rodríguez



comprendió el engaño. El supuesto encargo diplomático no era más que un destierro fraguado por sus enemigos para lanzarlo nuevamente de su patria. Los actos que siguieron al nombramiento son intachables testigos de la mala fe de sus rivales. El encargado de negocios de la nueva república fue conducido como un criminal a Valparaíso, y allí alojado en el castillo de San José, hasta que el buque pudiese zarpar de esa bahía y transportarlo a su destino. A la verdad que hay bastante distancia de un ministro diplomático a un prisionero; y el fusil del centinela que guarda la puerta de su cárcel no es el hacha del lictor que lo acompaña. Un hombre que acepta voluntariamente un destino que su gobierno le encarga, espera en su casa, o donde más le acomoda, el momento de la partida, y no elige una fortaleza como residencia propia de su carácter ni de su posición elevada. A pesar de esto, O'Higgins había creído burlar y salió burlado. El rival que había conseguido con su astucia y valor introducir la cizaña en las filas enemigas, rondando como un espíritu las poblaciones aterradas, no podía ser cogido en un estratagema tan ridículo ni cegado por promesas tan zonzas. Aún había españoles que combatir, [125] todavía la patria necesitaba el apoyo de las cabezas inteligentes, de los brazos esforzados para destruir la víbora del despotismo que ya empezaba a silbar, y cuyo veneno mortal transpiraba en las odiosas medidas y en las pretenciosas mistificaciones. Rodríguez sobornó a sus guardias, fugó de su cárcel y se ocultó para no ser perseguido. San Martín estaba entonces en Buenos Aires; regresa al poco tiempo y Rodríguez, confiando en su honor y en su inocencia, se avista con él, se cambian mutuas explicaciones y por su intervención vuelve a obtener la amistad de O'Higgins y esa libertad tan anhelada y conseguida a costa de tantos sacrificios.

Ambas duraron muy poco; y el 7 de agosto del mismo año 17 fue arrestado, por complicidad, se decía, en una conspiración que tenía por objeto derrocar al gobierno establecido y favorecer a los Carreras. Estos estaban proscritos; y mientras en Chile sus partidarios y amigos eran tratados como alevosos conspiradores, ellos al otro lado de los Andes sufrían prisiones, insultos y soeces infamias que iban preparando su impopularidad y su muerte. Jamás la gloria de las batallas ocultará esos tres suplicios que irradian sobre ella como un reflejo sangriento, marcando al lado de un triunfo venturoso una venganza rencorosa y ruin. Rodríguez no fue la única víctima de la susceptibilidad enemiga. Don José Manuel Gandarillas, hombre ilustre por su inteligencia, por su desinteresado patriotismo y decidido amigo de Rodríguez y de los Carreras, fue envuelto también en la banal acusación; pero al cabo, después de sufrir una rigurosa prisión, ambos fueron declarados inocentes por la Junta que sustanció la causa.

Esto sucedía a fines de 1817. Por el mismo tiempo llegaba a Valparaíso la noticia de que el virrey alistaba bajo su bandera cuanta tropa podía, y que ya estaba pronta a embarcarse para invadir de nuevo el país. El jefe era Osorio y traía consigo, además de su loca esperanza, algunos veteranos de la metrópoli que contaban muchas victorias y que habían tenido la fortuna de vencer al moderno Alejandro. Pezuela y Osorio creían el triunfo y la reconquista fáciles, puesto que la patria no podría oponer, según ellos, más que soldados bisonños que tropezarían a una evolución o que vacilarían de cansancio en la primera marcha. ¡Insensatos! ignoraban que el corazón resuelto vale por largos años de servicio, y que la mejor disciplina es el amor a la patria. Un pueblo que quiere ser libre hace milagros.

Inmediatamente que se supo la noticia, San Martín, de acuerdo con O'Higgins que se hallaba entonces en el sur se dirigió a Valparaíso temiendo que el general enemigo intentase desembarcar en ese puerto. Y para poder ocurrir con prontitud llegado el caso, se acantonó en la hacienda cercana llamada de las Tablas. San Martín trajo consigo a Rodríguez en calidad de auditor de guerra, cuyo destino desempeñó mientras estuvo allí

el ejército, sin que mediasen inconvenientes ni obstáculos entre él y su superior. Mas al dirigirse el ejército al sur, donde el enemigo le aguardaba, recibió orden de trasladarse a Buenos Aires, según dicen algunos en calidad [126] de agente diplomático. Como se ve era una tendencia fastidiosa y ya un partido tomado el alejamiento de Rodríguez. San Martín y O'Higgins parece que le temían por su popularidad, por su decidida abnegación, y sobre todo, por esa enérgica voluntad que no lograban abatir ni dádivas aduladoras ni remotos temores. Viose, pues, de nuevo obligado a ocultarse como vil criminal; pero por poco tiempo. Esta vez su vindicación avergonzará a sus enemigos. Su nombre será voz de orden y de esperanza en la derrota, y su palabra sublime el vaticinio de victoria para el último combate.

Mientras tanto el ejército independiente caminaba hacia el sur. El insultante enemigo le amenazaba y ambos ejércitos ardían en coraje de pelea. Avístanse por fin el 19 de marzo de 1818. En la tarde de ese día se chocan las caballerías en las márgenes del Lircay; la de los españoles rechaza la nuestra con ventaja y la obliga a replegarse al campamento patrio con lamentables pérdidas. Entonces el atrevido Ordóñez propone una sorpresa; lo secundan Latorre y Primo de Rivera; y en la noche de ese mismo día el osado intento casi postra de un golpe la fuerza de la república. Los jefes del ejército independiente no lo sospechaban siquiera; y cuando menos lo esperaban, cuando quizás algunos saboreaban el deleite de un festín, halláronse envueltos por los pelotones enemigos que aclamaban Fernando y España. La noche era oscurísima y solo el reflejo siniestro de la pólvora iluminaba sus tinieblas. El desorden se introdujo en nuestras filas; los jefes pretendían reunirlos y nada conseguían. Los batallones tiroteábanse entre sí. La mayor parte de nuestra artillería fue apresada; y después de tres horas de confusa lid hubo que ceder el campo al enemigo. La noticia de este desastre cundió como una gangrena de terror. En todas partes no se oía más que la respiración zozobante del estupor. Todos se preguntaban: ¿qué va a ser de nosotros? ¿qué nuevos martirios traerán nuestros aborrecidos opresores? El 21 en la tarde algunos dispersos llegaron a Santiago y esparcieron inmediatamente la noticia de la funesta derrota. Como ellos la narraban era todavía más alarmante. Era la hora de las meditaciones sombrías y de los presentimientos fúnebres; la hora de los melancólicos recuerdos, vagos como una nube, indefinidos como un ensueño, inefables como una melodía interna, tristes como el semblante de un cadáver. La luz del crepúsculo vacilaba; desteñidos celajes la envolvían y las tinieblas extendían su crespón de luto sobre el acongojado cielo de la aterrada ciudad. Las mujeres desesperadas suplicaban con lágrimas y suspiros; los hombres atemorizados iban y venían; preguntaban aquí, consolaban allá y no sabían qué hacer entre la confusión y el miedo. Nadie durmió esa noche. ¿Quién puede cerrar al sueño las pupilas cuando tiene en su alma el espanto?

Casi todos consideraban perdida la patria y trataban de poner en salvo sus vidas y sus familias, disponiéndose a repasar esas barreras del tiempo, peligrosas como él, que muchos de ellos acababan de atravesar desalentados y jadeantes. El supremo delegado don Luis Cruz, contagiado con el [127] miedo universal, y creyendo como la mayor parte desesperada la defensa, encajonó los caudales dirigiéndolos a Mendoza. Luego después convocó a una reunión de todo lo más neto de la población, para acordar o planes de fuga o de resistencia. La reunión tuvo efecto al día siguiente, y a pesar de las buenas y decididas reflexiones de algunos, estas no influyeron nada en el ánimo del delegado ni en el de la mayor parte de sus habitantes. Muchos de estos tenían sus monturas preparadas, y aún se dice, que ya se les habían repartido cabalgaduras y aperos a todos los empleados.

La sorpresa de Cancharrayada hubiera sido un golpe decisivo sin la heroicidad e intrépido carácter de don Juan Gregorio de Las-Heras. Sin la división retirada por él, sin

sus esfuerzos magnánimos para conservar en ella la unión y la esperanza, la patria habría tenido que lamentar quizá muchos días de sufrimiento y de amargura. El arrojo y una carga sostenida y veloz, ejecutada por el valiente Bueras, dieron tiempo para la reorganización de esta columna, que iba a ser el apoyo del nuevo ejército.

El mismo general San Martín, intimidado y perplejo, envió circulares a todos los gobernadores en las cuales se confiesa, si no vencido, completamente derrotado. Al extremo norte de la república, a Copiapó, dos días después de haberse jurado la independencia en aquel pueblo, llegó una de esas circulares en la cual terminantemente se le mandaba al gobernador que hiciese conducir todos los alimentos y objetos de valor a la otra banda de los Andes y que incendiase lo que fuese de imposible llevada. El gobernador habría cumplido inmediatamente la orden si la enérgica oposición de dos vocales de la junta de cabildo, a quienes llamó a secreta consulta, no le hubiese aconsejado la demora. Los españoles estaban allí en mayoría y ese paso les hubiera entregado la ciudad poco menos que amarrada. Tal era el conflicto de los patriotas en las más apartadas regiones de la república. ¡Qué sería en la capital en donde aguardaban por instantes la invasión del enemigo triunfante, que vendría a castigar con la horca o con el azote a los rebeldes que pretendían sacudir su yugo y emanciparse de un gobierno que los consideraba como su propiedad inviolable!

Lastimoso como se ha dicho era el estado de la población de Santiago. Para reanimarla y volverla a la esperanza, era necesario un choque poderoso que golpease sus fibras con fuerza, y que trastornando la vida presente iluminase con un prestigio de entusiasmo esas ideas de patria y libertad que todas las inteligencias balbuceaban, que todos los corazones presentían. Una palabra, una centella y la transformación se manifestaría radiosa.

Manuel Rodríguez estaba destinado a ser el salvador de la patria y el alma de toda esa población temerosa y vacilante. Abandona su retiro y se presenta a sus amigos, reúne a los más osados, arenga en la plaza pública, fascina al pueblo con su mirada, lo reanima con su palabra, lo subleva con su entusiasmo y su eléctrico ardor le comunica. Las quejas callan, los corazones se sosiegan, el miedo se transforma en audacia y la multitud se [128] apiña impetuosa al rededor del hombre mágico que la inflama con su energía, que la esfuerza con su voz. El nombre de Rodríguez resuena en todas las bocas, sus prodigiosas hazañas se recuerdan, la calurosa imaginación multiplica su prestigio, el entusiasmo popular deifica su heroísmo, y todos unánimes lo proclaman futuro libertador y esperanza de la patria.

Dignos de memoria son también los esfuerzos y el apoyo que prestaron a Rodríguez los ilustres patriotas Cienfuegos, Barra, Fontecilla, Infante, ese Catón bravío. La historia no debe tampoco relegar al olvido los nombres de las heroínas que desdeñando el peligro y temiendo el de la patria, se lanzaron arrogantes a la arena del tribuno, rivalizaron con su audacia y encendieron en más de un corazón apocado la llama del patriotismo y del valor. La voz de la mujer tiene la irresistible unción de la ternura, responde a todas las vibraciones del sentimiento generoso, simpatiza más con la desgracia y se hace más clara y persuasiva cuando hay algo que compadecer, algo que consolar. Los nombres de las señoras doña Mercedes Rojas, noble hija de uno de los primeros patriotas, y el de la señora doña Luisa Recabarren, esposa de un hombre ilustre y patriota, bien pueden marchar unidos con honra y con luz propia a los nombres de Infante, Cienfuegos y Rodríguez.

En las circunstancias difíciles, la actividad es el triunfo. Cuando se ha conseguido despertar un entusiasmo, es preciso mantenerlo en perpetua reacción, produciendo a cada instante inesperadas emociones y expectativas nuevas. Rodríguez que conocía la importancia de ese proceder, aprovechaba sus efectos y manejaba las voluntades

diversas con la certeza y armonía del hombre que está avezado a las dificultades y que tiene confianza en vencerlas. El delegado Cruz, recobrado ya de su estupor, y toda la gente notable de la capital reunidos en sala de palacio acuerdan por unanimidad y en virtud «de la autoridad que reside en el pueblo, que las facultades del Supremo Director propietario se entiendan una e indivisiblemente delegadas en toda su extensión en los ciudadanos, coronel don Luis de la Cruz y teniente coronel don Manuel Rodríguez, de cuyo enérgico celo, actividad y verdadero patriotismo espera el pueblo la salvación de la patria.»

Rodríguez tomó únicamente sobre sí la responsabilidad del peligroso encargo y empezó a organizar un plan de defensa decidido y heroico. Instantáneamente impartió órdenes para hacer volver los caudales públicos, para prevenir a los que emigraban y para enarbolar bandera de enganche en todas partes. Hizo venir a los frailes y los envió a la Maestranza para ocuparlos en hacer cartuchos. Repartió armas a sus amigos, levó una pequeña guarnición y conjuró cuantos obstáculos se le oponían con su prontitud de ingenio, su energía de carácter y su franca audacia. «Aún tenemos patria», exclamaba arrebatado; y mientras haya resolución, mientras haya aliento, tendremos libertad. Que los tímidos huyan, que los cobardes se humillen, ¿qué importa? ¡el valor no mira la barrera, la traspasa! [129]

Hizo un llamamiento general a las armas y en pocas horas acudieron a alistarse más de 300 voluntarios que formaron el escuadrón de los húsares de la muerte. La mayor parte de los soldados que compusieron este escuadrón, fueron jóvenes decentes, entre ellos algunos veteranos. Rodríguez se nombró coronel; nombró a don Manuel Serrano teniente coronel, y sargento mayor a don Pedro Aldunate. Todos debían venir equipados a su costa, con excepción de las armas. En la esquina del cuartel de San Diego se colocó la mesa, clavada al lado su emblemática bandera. ¡Cuántos de esos nobles voluntarios acudirían ganosos de gloria y de ínclitos hechos!

Cuando San Martín y O'Higgins llegaron a Santiago, nadie pensaba en el desastre, nadie en huir, y todos se ocupaban en aprestos guerreros para rechazar al enemigo. Los antiguos temores habían desaparecido, y en su lugar un ardimiento varonil y una confianza sin límites alentaban a la población. Toda ella estaba dispuesta a morir o a vencer. Rodríguez depositó el mando inmediatamente en su superior, exigiendo de él que le dejase la comandancia del escuadrón de húsares para asistir al próximo combate. O'Higgins se lo concedió. El peligro era inminente y las injustas persecuciones, los insidiosos rencores, los móviles bastardos, se convertían en otros tantos impulsos de actividad, dominados por la única y sagrada obligación del momento; aniquilar al invasor y salvar a Chile. O'Higgins a pesar de estar bien molesto con su reciente herida, recorría las calles, despachaba órdenes, tranquilizaba a los temerosos e infundía esperanzas con la serenidad de su rostro altanero, aunque pálido. San Martín no hacía menos esfuerzos en la reorganización del ejército. Por último, vino a completar el gozo de la población la llegada del intrépido Las-Heras que al tronar de las salvas y al rimbombar de las campanas acampaba con su gloriosa columna en el cuartel general, situado a una legua de la capital. El 29 de marzo fue un nuevo día de regocijo y de triunfo que preparaba el día supremo.

Mientras tanto el engreído Osorio avanzaba, pero con lentitud. El valeroso Ordóñez quería devorar las distancias y aparecer como un cometa sangriento en la aterrada capital. Su ardor belicoso le engañaba. Sus atrevidos esfuerzos hubieran escollado con las dificultades de una azarosa marcha, con la fatiga del soldado y con el desorden consiguiente. Osorio, más calculador o menos osado se opuso a la resuelta intención de Ordóñez, y gastó trece días con los que estuvo en Talca en atravesar la distancia que hay desde Cancharrayada hasta las orillas del Maipo. El día I.º de abril lo vadea por los

lados de Lonquen y el 3 acampa en la hacienda de la Calera. Después de mil vacilaciones y recambios, decídese por fin a presentar combate, desplegando sus fuerzas hacia el costado del valle más desigual y ventajoso. Los patriotas no se amedrentan por esto y afrontan al enemigo con decisión y coraje. La lucha empezó; retumbó el aire a las descargas de ambos ejércitos, y al cabo de algunas horas el grito de «¡la patria es libre!» se unía a las gloriosas aclamaciones del soldado. La victoria fue completa. [130]

Casi todos los enemigos quedaron en el campo o muertos o prisioneros. Ordóñez entregó su espada a un valiente como él, y obtuvo de su enemigo las consideraciones y la honra que merece el valor. Osorio tomó la fuga, acompañado de algunos oficiales, y llegó a Talcahuano con uno solo. Ya no existían enemigos; Chile inauguraba una época nueva, y el 5 de abril era su primer padrón.

Rodríguez y su valeroso escuadrón resguardando otros lados, llegaron al campo de batalla cuando ésta estaba decidida; pero aún alcanzaron un triunfo que bien servía de corona al triunfo de Maipo. Ellos fueron los que acorralaron y rindieron al temible realista Ángel Calvo, célebre desde mucho tiempo como desertor de la causa independiente y como feroz caudillo. Dos días después recibió orden del Director el teniente coronel Serrano para perseguir a los fugitivos, y desde el mismo campo partieron inmediatamente. Rodríguez, al despedirse de sus bravos compañeros, les recordó los peligros pasados, les habló de la patria, de la libertad, les aconsejó con la ternura del amigo; y mientras ellos tendían riendas hacia el sur, Rodríguez se dirigía silencioso y pensativo hacia la capital, presintiendo quizá su triste muerte.

El escuadrón pasó el Maule y luego fue llamado a Talca, y allí por orden suprema desarmado. Desde Santiago destacaron con este objeto al regimiento de granaderos y el jefe de ellos, al mismo tiempo les intimó orden para que se presentasen al gobierno. Así lo hicieron, O'Higgins los recibió fríamente, les dijo que los llamaría en caso necesario y los despidió. Después muchos de ellos fueron violentamente perseguidos.

Hubo gente adicta y aduladora del Director que propalaba la ridícula invención de que Rodríguez pensaba con esa fuerza suscitar una reacción derrocar a O'Higgins.

La actitud del gobierno hostil para el ciudadano y la pletórica vanidad del Director Supremo, habían extendido una especie de malestar público que circulaba como una atmósfera empapada de vapores maléficos y de dificultosa respiración. Al cabo el 17 de abril reunióse en la sala capitular gran parte del vecindario y comisionaron a tres personas notables para que se presentasen al dictador, pidiendo la reorganización del antiguo cabildo, mientras se nombraba un congreso nacional que zanjase los derechos de la nación, y exigiendo la abdicación de una dictadura militar absorbente, incompatible ya con las necesidades progresistas y con las circunstancias del día.

O'Higgins rechazó con altanería la justa proposición; reprendió a los comisionados, los llamó ingratos y fulminó un destierro contra dos de ellos.

Rodríguez había desempeñado un papel importante en este drama. Como tantas veces, su palabra había sido la reveladora de la libertad y la anatematizadora de toda esclavitud, de toda medida arbitraria. Plebeyo de corazón y de ideas, amaba al pueblo, lo enseñaba, lo dirigía, y creía firmemente que era nula y usurpada toda autoridad que no emanase voluntaria y [131] libremente de él. Pero sus rivales habían vuelto a tramar de nuevo su perdición con más seguridades que antes. Esta vez no se les podría escapar. La espada de los héroes se iba a convertir en arma alevosa. Ellos preparaban la traición y la infamia que debía consumir la bajeza y la cobardía. Llamose movimiento revolucionario, a la libre manifestación del pueblo y revoltoso incorregible, al mantenedor de sus libertades, al orador de sus derechos.

Para narrar los acontecimientos que se subsiguieron y el asesinato que los corona, nada mejor puedo hacer que copiar la carta siguiente, en la cual, un testigo de vista y de

oídas, después de treinta y dos años pasados, refiere los hechos sin odio, en estilo llano y confidencialmente. Los que niegan la parte que ha tenido O'Higgins en ese asesinato quieren documentos públicos, exigen decretos firmados; pero eso ¿a dónde se encontraría? Cuando se comete una infamia se borra el rastro primero.

Copió primero la carta que da lugar a la otra de que he hablado:

Santiago, abril 6 de 1850.

Mi querido Manuel:

En este momento me ruega Ambrosio Rodríguez te dirija esta, con el objeto de preguntarle si supiste alguna vez el lugar cierto en que dieron sepultura a su digno y desgraciado tío don Manuel; porque desean trasladarlo al panteón y rendirle este estéril y dilatado homenaje. Yo recuerdo que eras tu ayudante de Alvarado, bajo cuyas órdenes marchaba preso para Quillota y tal vez fue asesinado. Como el fin de esta averiguación es el que te indico, y como también conviene dejar consignado en la historia este hecho atroz, me dirás confidencialmente cuanto recuerdes sobre el particular. Te escribo muy de prisa. Tu fino hermano y constante amigo.-

DIEGO JOSÉ BENAVENTE.

Coroney, abril 17 de 1850.

.....

«A mediados de abril del año 18 fue aprehendido el desgraciado coronel don Manuel Rodríguez, por disposición del gobierno de aquel entonces, y remitido al cuartel de cazadores de los Andes (en San Pablo) a disposición del comandante del cuerpo, teniente coronel don Rudesindo Alvarado, natural de Salta en el Tucumán. Incontinenti hizo este jefe se nombrase una partida de veinte y cinco soldados, incluso cabos y sargentos, de los de toda su confianza, bajo las inmediatas órdenes de los tenientes segundos don Manuel Antonio Zuloaga y don N. Navarro, el primero mendocino y el segundo español, oficial que había traído el general Milans a Buenos Aires. A esta escolta fue confiada la custodia del infortunado Rodríguez, [132] con la instrucción que ella sola era responsable de la seguridad del reo y que no debía recibir más órdenes que las que particularmente le impartiese el mismo comandante. En un cuarto que estaba a inmediaciones de la torre del templo, y en rigurosa incomunicación, permaneció algo más de un mes; pero cuando le tocaba a Navarro vigilarlo solía sacarlo a media noche a paseo disfrazado; se apartaban en la esquina del sur de la plazuela, y en este mismo punto se volvían a reunir una hora antes de diana para entrarlo a su prisión. Los amigos con quienes se veía Rodríguez en estas salidas nocturnas le instaban que aprovechase la circunstancia para escaparse; que quizá, le decían, su existencia corría riesgos; y él les contestaba que de ningún modo podía resolverse a dejar comprometido a un infeliz oficial que le trataba con tanta confianza; que era un caballero y no un cochino: estas eran sus terminantes palabras.

El 22 de mayo, poco antes de formarse las compañías, se me apersonó Navarro y me dijo: «Mi capitán (era teniente segundo agregado a mi compañía) tengo que confiar a Ud. un secreto muy importante y delicado; ya sabe que lo considero como mi único amigo en América; quiero que Ud. me dispense el favor de emitirme su opinión. - ¿Sobre qué?, le reproduje. - Anoche, me contestó en seguida, he sido llamado, por el comandante y me ha llevado al palacio del Director sin decirme antes para qué.

Llegamos a la pieza reservada de este señor, donde lo encontramos con el señor general don Antonio Balcarce; se nos mandó sentar después de saludarnos, y al poco rato se dirigió a mí el señor O'Higgins y me dijo: «Ud. como recién llegado al país quizá no tenga noticia de la clase de hombre que es el coronel don Manuel Rodríguez; es un

sujeto el más funesto que podríamos tener, sin embargo de que no le faltan talentos y que ha prestado algunos servicios importantes en la revolución. Su genio díscolo y atrabiliario le hace proyectar continuos cambios en la administración, nunca está tranquilo ni contento, y por consiguiente su empeño es cruzarnos nuestras mejores disposiciones; además es un ambicioso sin límites. En vano el gobierno, y aun el general San Martín, han tratado de atraérselo tocando todos los arbitrios y ardidés imaginables, mas nada, nada, ha sido suficiente. Para desprendernos de él, de un modo honroso y satisfactorio para él mismo, intentamos mandarlo a los Estados Unidos, investido con el carácter de nuestro representante; pero él encontró arbitrios para burlarnos, escapándose del castillo de San José en Valparaíso, donde se le tenía detenido hasta el momento de verificarse el embarque; para cuyo viaje, su comandante que está presente, debía entregarle una cantidad considerable de dinero que con este fin le había remitido el gobierno. Así es, pues, que los intereses de la patria exigen deshacernos de este hombre temible, y para realizarlo nos hemos fijado en Ud. Su comandante nos lo ha indicado como un oficial a propósito, y contamos seguro de que Ud. no se desdeñará de prestar este servicio importantísimo a la patria. Nuestro plan es que en la marcha que va [133] a emprender su batallón para Quillota, deberá caminar Ud. con el preso y la escolta como a distancia de una o media cuadra a retaguardia del batallón, sin permitir la más mínima comunicación de los soldados de éste con los de la escolta. Su alojamiento será siempre como a distancia de dos o tres cuerdas del lugar donde se acampe el cuerpo, guardando la más estricta vigilancia del reo; y en uno de estos alojamientos, aprovechándose de cualquier oportunidad que se le presente, le dará la muerte, bajo la inteligencia de que el gobierno le compensará satisfactoriamente este servicio.» Yo me quedé abismado al oír esta relación; callé y O'Higgins continuó: «Anoche se había llamado con el mismo objeto a Zuloaga, pero este joven es demasiado pusilánime, no se ha atrevido a perpetrar el hecho, nos ha contestado un disparate, y por último hemos convenido que no es el mas a propósito para el desempeño de tan importante comisión. Vamos, Navarro, no se detenga Ud., reflexione lo que le importa obedecer; pero cuidado, mucho secreto; este asunto sólo pasa entre nosotros. -Sin embargo de que casi se me obliga a entrar en tan espinoso negocio sin trepidar, he pedido 24 horas para decidirme y no sé qué decir esta noche que es cuando debo dar mi contestación.»

Absorto yo con el secreto, y temeroso de que todo esto fuese una red que trataba de tenderme, continuaba en mi silencio; mas instándome a que le dijese mi parecer, y la contestación que podría ocurrírseme le dije: «¿Por qué no se escusa Ud. como Zuloaga?» El me contestó entonces: «¿No considera Ud. que soy español, que no tengo relación alguna en el país, y que si no me presto a la maldita comisión que se me quiere dar, probablemente se desharán de mí por temor de que revele el secreto? Agregue Ud. que nuestro comandante es el que más me compromete.» Entonces me separé de él diciéndole: «Ud. sabrá lo que se hace.»

El 25 de mayo a la madrugada, emprendimos nuestra marcha para Quillota. Navarro, armado con las pistolas del mismo comandante Alvarado, caminaba con su escolta a retaguardia. Un capitán que mandaba la guardia de prevención, y que por consiguiente caminaba también a inmediación de la referida escolta, tuvo la ocurrencia o imprudencia de pasar a saludar al preso, poco antes de llegar a las casas de San Ignacio, brindándole un cigarro de papel, dentro del cual había escrito con lápiz las siguientes palabras: «huya Ud. que le conviene»; cuyo cigarro, dijo después Navarro, había sorprendido; y quizá esta fue la causa de algunas desgracias que sufrió el referido capitán (12).

La noche del referido día 25 alojó el batallón en Colina, en una hacienda que se nos dijo era, de un señor Larrain, y creo es la misma que tuvo comprada el general Pinto. Aquí creí que se consumase tan horroroso atentado; pero no sé por qué motivo se hubiese suspendido. El 26 a la [134] madrugada salimos de este punto, y a las cuatro de la tarde llegamos a Polpaico. El batallón se extendió a las orillas de un arroyo que corre a inmediaciones, de las casas principales de la hacienda; y Navarro con su preso, y escolta se alojó en una casita que decían era una pulpería, distante como tres cuadras a nuestra retaguardia. A la oración, y estando yo con Camilo nuestro primo, paseando en nuestro campamento, oímos el estallido de una pistola. «Eh, me dijo éste, ya murió el amigo Rodríguez.» Inmediatamente se esparció la noticia silenciándose las circunstancias. Al día siguiente, también de madrugada, seguimos nuestra marcha, llegamos a San Pedro y el 28 entramos en Quillota.

El 30 me dio orden Alvarado para que formase un inventario de la ropa y demás cosas pertenecientes al finado Rodríguez. Entre todas estas prendas encontré una chaqueta verde bordada con trencilla negra y una camisa de estopilla, ambas ensangrentadas y rotas por la bala en la parte derecha del cuello, y eran las que seguramente tenía puestas en el momento del asesinato. En este momento, y delante de un sargento que me presentaba las diferentes piezas, no pude menos de exclamar: «ni aun la ropa que tenía le han dejado en el cuerpo.» Después de esto ya se decían las circunstancias del hecho; se nos dijo que Navarro para perpetrarlo se había desprendido de toda la escolta, quedándose solo con el cabo Gómez; que a unos había mandado por leña, a otros por agua y a los restantes por víveres al batallón. Quedando solo con dicho cabo y el señor Rodríguez, invitó a éste para ir a ver a unas vivanderas, situadas a las inmediaciones; y que caminando con este objeto le hizo llamar la atención sobre una que tenía regular figura; que en el momento de fijarse le había tirado el pistoletazo por debajo del poncho, poniéndole de repente la pistola cuasi en el mismo cuello, y que herido Rodríguez no había hecho más que dar dos vueltas y caer sin articular una sola palabra. En seguida Navarro se rompió con un cuchillo por tres diferentes partes la manta, para poder pretextar seguramente que la muerte había sido ocasionada porque fue primeramente acometido; circunstancia que intentó hacer valer, pero que Zuloaga se la anuló con su primera declaración en la causa que se quiso formar, y por la que aseguraba que la muerte se había cometido por orden del gobierno. También supimos que el cadáver se había traído a la capilla de Tilttil, y unos decían que había sido enterrado dentro de la misma capilla y otros en una barranquita que estaba a las inmediaciones; pero si existe el cura o sacristán que servían la parroquia en aquel tiempo, estos pueden dar la noticia exacta sobre este último respecto, que yo no puedo dar porque toda esta maniobra se hizo a nuestra retaguardia y de un modo tan sigiloso que fue imposible traslucirlo (13). Don Bernardo Luco que tuvo el [135] arrojo de proponerse descubrir el hecho, me dijo a los pocos días que él sabía donde estaba sepultado, y según quiero recordar, parece me aseguró que lo había desenterrado. Si no estuviese este amigo tan distante de ésta, habría tomado alguna noticia de él.

Parece que no he andado muy flojo para cumplir con tu encargo; lo relacionado creo demasiado para que puedas dar una idea bastante circunstanciada a tu amigo. Dispensa, pues, los borrones, enmendaturas y demás faltas que encuentres en mi larga y minuciosa narración. Acuérdate que he sido únicamente soldado y después huaso (14).»

Tu afectísimo hermano y mejor amigo.

MANUEL JOSÉ BENAVENTE.



Responda cualquiera que haya leído la carta anterior, si hay algo en ella que no parezca enteramente cierto. El que la ha escrito vive aún; y no puede suponerse interés personal de acriminar a otro, en un hombre que retirado de los sucesos tanto tiempo ha, puede considerarlos tales como pasaron. Por mi parte, creo que dicha carta es un documento interesante, que debe acompañar a la historia, como un testimonio más a la multitud de otros que confirman el asesinato alevé la complicidad de O'Higgins.

Debo aquí consignar un acto digno que embellece la memoria de un hombre, oscuro en su servicio, pero brillante por él solo. Invitado primero que Navarro, el teniente del mismo batallón Manuel Antonio Zuloaga, éste rechazando enérgicamente la inicua proposición, contestó: «que la espada que ceñía era para combatir al enemigo y no para asesinar patriotas.» Bellas palabras que debieran haber ruborizado a esos hombres que comprendían lo que era honroso, lo que era grande y lo que era mezquino y degradante. O'Higgins recibió impasible la noticia que para todos era funesta como antes los preparativos de la expedición que debía zarpar al Perú. Navarro continuó prestando servicios y el capitán Benavente fue enviado a Buenos Aires y allí inmediatamente dado de baja.

Poco después se inició un proceso contra Navarro Zuloaga, llamado como testigo, reveló lo que sabía, y en su declaración acusaba al Director al mismo tiempo que a Navarro; mas éste y el proceso desaparecieron al poco tiempo. Los soldados que lo acompañaron en el crimen fueron enviados a Córdoba, y con recomendación especial para el coronel Bustos. Lo que es realmente cierto es que nunca se pensó en castigar al asesino porque temían las revelaciones. Al contrario, trataban de ocultar el crimen y propalaban rumores embusteros para tergiversar de esa manera la realidad. El hecho siguiente comprueba la verdad de este aserto. En la época del embarque de la expedición al Perú, hallábase en Valparaíso el anciano padre de [136] Rodríguez. Estaba allí no por su voluntad sino por orden superior. Sus otros dos hijos, don Ambrosio y don Carlos, militares también y desinteresados patriotas, seguían la desgraciada suerte de los hermanos Carreras, y sufrían como ellos las amarguras del destierro y de la persecución más tenaz. Un joven a la sazón estaba en Valparaíso y habitaba en la misma casa elite el infeliz anciano. Varias veces habían conversado juntos, y casi siempre la memoria del hijo sacrificado arrancaba lágrimas al desdichado padre. Para el joven, como para tantos otros, era un misterio la desaparición de Rodríguez. Amistado con uno de los ayudantes de San Martín y preguntándole sobre el destino de Rodríguez, oyó de boca del oficial que había sido enviado al Perú para preparar la llegada de la expedición, como antes lo había sido de Mendoza, para allanar el camino del ejército restaurador. Que por eso (le decía) se obraba con tanto sigilo; y añadía, con certeza que del valor de Rodríguez debían esperarse grandes cosas. Inmediatamente voló a comunicar a su triste amigo tan agradable noticia, consolándole y esperanzando mucho de su realidad. El anciano dio gracias al joven; pero le dijo que no creyese que eran sólo invenciones de sus enemigos, y que él estaba bien seguro de la muerte de su hijo; porque había visto en manos ajenas un reloj que le había regalado en mejores días, como una prenda de cariño, de la cual no podría haberse desprendido jamás sino con la muerte. ¡Pobre anciano! su corazón estaba ya tan herido que no abrigaba ni podía abrigar ninguna esperanza.

Mientras duró el gobierno -de O'Higgins, ninguna voz acusadora se levantó en su contra; ni ¿cómo era posible que se levantase en la postración y abatimiento moral en que todos yacían? Los más atrevidos apenas osaban acusarle en secreto y en el recinto de su casa.

En el año 23, Navarro volvió a Santiago; fue denunciado como asesino de Rodríguez, y el gobierno de entonces lo mandó juzgar. O'Higgins había caído; pero el consejo, de guerra se compuso en su mayoría de adictos a O'Higgins, y por consiguiente de

interesados en ocultar su crimen. Navarro nada confesó; invocaba para defenderse el testimonio de otros; en fin, vacilaba en todo y en todo mentía. El consejo falló sobreseer en la causa, y el asesino huyó protegido por jefes de alta graduación y personalmente interesados. El proceso y todos los documentos que comprometían en algo al gobierno de O'Higgins, fueron consumidos por el friego. Por eso hay fanáticos de O'Higgins que validos de la impunidad por falta de pruebas, niegan cuanto les desfavorece, llaman vulgaridad lo que es un crimen. Pregúntese a los hombres de aquella época y todos ellos responderán, con la convicción más profunda, que O'Higgins fue el asesino. Es ridículo exigir pruebas evidentes en una acción tenebrosa. Todavía la historia del gobierno de O'Higgins está incompleta. Los asesinatos y destierros de los patriotas en la otra banda, las prisiones de muchos de ellos en las casamatas del Callao, y los dobles suplicios en Santiago, son hechos horribles que la historia [137] no ha compilado aún, pero que recuerdan con estremecimiento súbito los hombres de aquella época.

Para deshacerse de Rodríguez, O'Higgins llamó antes que a Alvarado, a don Mariano Necochea; pero este bravo oficial, le contestó que si lo creía culpable lo hiciese juzgar, y que él lo fusilaría en la plaza pública. Necochea después ha negado este hecho. Tal vez por no reabrir heridas que querría ver cicatrizadas, el bravo de Junin, negaba un acto que le favorecía a costa de una infamia para algunos. También como Necochea hay otros cuya revelación sería la verdad, pero que se encierran en su silencio por las mismas causas. Yo he recogido datos de boca de un hombre de entonces, datos que con su nombre tendrían un merecido valor; pero que sin él son reprochables. Fue vocal del último consejo que juzgó a Navarro, y el único que reconoció su culpabilidad. Mas me está prohibido revelar su nombre.

Cayó al fin el gobierno de pandilla; y criando la justicia reemplazó al capricho despótico, los buenos patriotas don José Manuel Gandarillas y don Diego José Benavente, consagraron sus plumas al descubrimiento de la verdad, y esclarecieron mil hechos que habían oscurecido la mentira y la baja adulación.

O'Higgins después de su obligada abdicación, tuvo que marcharse a Lima. Allí arribó años después don Carlos Rodríguez, hermano de la víctima. Íntimamente convencido de que O'Higgins era el asesino, lo llamó secretamente a un desafío. O'Higgins rehusó batirse. Esquivaba el duelo no por cobardía; O'Higgins no se arredraba en el peligro. Temía quizá que la mano le temblase o que la vista vacilase extraviada ante la presencia de un hermano que reclamaba a su hermano vilmente asesinado. Enfurecido don Carlos con la negativa, lo insultó entonces públicamente, tal vez con sobrada acritud; y el héroe de Rancagua se despojó de su dignidad y descendió a una acusación jurídica. En esta, don Carlos salió condenado, como era de esperarse, pues que faltaban las pruebas y el delincuente las exigía. Un doctor Asensio fue el defensor de O'Higgins, y publicó en favor de su cliente un panfleto que merece por sus calumnias groseras, por sus exageraciones injustas y por sus chabacanos insultos el más solemne desprecio. En vez de ser justificación es una acusación contra O'Higgins. Más le hubiera valido para su reputación desdeñar e impedir la circulación de ese folleto denigrante, que escupe sobre Chile y sus mejores hijos, con la desfachatez de un leguleyo asalariado y con la desvergüenza de un escritor menguado.

Manuel Rodríguez murió en la flor de sus años; a los treinta y cuatro apenas, cuando hay mucho horizonte y muchas esperanzas. Todavía se ignora a donde yace su cuerpo; todavía el que salvó a su patria tantas veces aguarda el sepulcro que ha merecido. La posteridad es imparcial y su fallo es la justicia; ella lo coronará...

Historia de mi patria, caos deslumbrador; ¿quién manifestará tus formas, [138] quién purificará el oro de la escoria? Después de la fría narración de Thiers, ¿sonará el himno

de Lamartine? ¿vendrá la epopeya luminosa de Michelet, resurrección de la justicia y redención de la verdad?

Una palabra más todavía. La generación presente es un árbol robusto; la savia del porvenir fluye por su corteza. Plantado en buen terreno crecerá para engrandecerse; extenderá sus ramas no por el inmundo suelo de las preocupaciones y maldades, sino por el espacio sublime de las grandes ideas, de las infinitas aspiraciones; y realizará así esa ley del progreso eterno que vivificándolo todo, todo lo alienta y reanima, desde el insecto hasta el hombre, desde la flor hasta el astro. Las ideas caducas, desaparecen, como una exhalación pantanosa y otras ideas más nobles, más verdaderas, agitan los cerebros, surgen de las tinieblas de la superstición, y se posan luminosas, como un manojo de rayos divinos, en las cunas de los que nacen, en los sepulcros de los que mueren. Todo se destruye para transformarse y variar de aparición. La humanidad es un sol sin occidente, que asoma en las cumbres del pasado transfigurándolo; que alcanza al meridiano del presente, descubriendo en un horizonte que jamás se estrecha o se oscurece, las fases de otros mundos, cuyas gigantes elipsis circundan un espacio, infinito y luminoso, sin término y sin fin. Pero es necesario volver la vista atrás para enviar un saludo de gratitud a los que nos han precedido; es necesario detenerse un poco para consagrar un recuerdo a esos hombres que nos dieron una patria y que no tienen siquiera sepultura; es necesario escribir en mármol esa historia que languidece olvidada como una página de oprobio iluminando en la piedra la cifra y la memoria. Las estatuas aisladas de fulano o de sutano son bellas como adorno artístico, realzan al escultor; pero no hablan nada al pueblo, no despiertan su pensamiento adormecido. No gira por ellas ese murmurio, dulce que parece el lamento de un pasado anheloso, que vibra en todos los labios como el resuello de una generación extinguida. Ante la efigie de un hombre, el pueblo pasa indiferente y descuidado; ante el monumento de una época, se siente conmovido de religioso amor, lo contempla y se postra. Además ¿por qué establecer esa separación? ¿por qué introducir esas excepciones? Nuestra emancipación no ha sido la obra de un solo hombre; todos han contribuido, todos se han sacrificado por ella, y la patria a todos debe estar reconocida. ¡Olvídense, pues, los rencores, las parcialidades vergonzosas; cesen las acusaciones injustas los ditirambos violentos; cada hombre traiga sus lauros, y donde se coloquen Freire y O'Higgins, aparezcan las figuras de Carrera, Rodríguez, Infante, Ibieta y tantos otros, formando unidos así el monumento de nuestra independencia, con toda la pureza de su gloria, con todo el resplandor de su idea!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

